

VIVIR EL HUMANISMO HOY

Jeroni Miguel

**VIVIR
EL HUMANISMO
HOY**

Otra forma de pensar y de sentir la vida



Ediciones La Llave

Primera edición: octubre de 2024

© Jeroni Miguel
© Ediciones La Llave, 2024
Fundación Claudio Naranjo
Santjoanistes, 17, local 2
08006 Barcelona
Tel. +34 638 133 451
www.edicioneslallave.com
info@edicioneslallave.com
www.fundacionclaudionaranjo.com
info@fundacionclaudionaranjo.com

ISBN: 978-84-19350-37-4

DL n.º: B 18189-2024

Impreso en Estilo Estugraf

*A vosotros, lectoras y lectores,
por dar acogida a este libro.
La luz de la mirada que proyectéis sobre él
os hará descubrir sus paisajes internos.*

ÍNDICE

<i>A modo de bienvenida</i>	11
<i>Preámbulo</i>	13
<i>Introducción</i>	17
1. Hacia un nuevo humanismo	25
2. Una sociedad humanamente en crisis	53
3. Religión y mito	81
4. Una nueva espiritualidad	105
5. Un planeta herido	119
6. Prisioneros del tiempo	145
7. Sentimos, luego existimos	167
8. Todo empieza con una emoción	191
9. ¿Qué nos falta para ser felices?	217

10. Lo que necesitamos es amor	241
11. Tú le das sentido a la vida	263
12. Leer sana las heridas	285
<i>Agradecimientos</i>	309
<i>Referencias bibliográficas</i>	311

A MODO DE BIENVENIDA

Querida lectora, querido lector:

Este libro que tienes ahora en tus manos está abierto a la interpretación que desees darle y al provecho que puedas sacarle. No responde a conceptos absolutos ni a pensamientos o deseos que busquen convencerte de nada, porque el sentido de todo lo que leas únicamente se lo darás tú. Aquí hallarás reflexiones, valoraciones e ideas críticas, fruto de mi experiencia humana, de mi curiosidad, de mis inquietudes y, por supuesto, también de mis lecturas. Siempre he defendido el beneficio de la duda, y me gustaría que tú también dudara de todo lo que leas, puesto que esta actitud nos acerca más al conocimiento y nos aleja de quienes creen hallarse en posesión de la verdad absoluta. Creo que la finalidad de todo libro no es revelar la evidencia de las cosas, sino ayudar a que descubramos nuestro mundo interior a través de la lectura.

En las páginas que siguen intentaré mostrar el latido invisible de lo que nos preocupa y nos acecha tras la sombra del

Vivir el humanismo hoy

malestar cotidiano, de la vana insensatez, del egoísmo o de la falta de sensibilidad. Sin embargo, he procurado dejar las puertas abiertas para que la vida con sentido se manifieste y podamos formar parte de ella. Y si no lo conseguimos, que al menos nos acerquemos.

Más que hablar solo yo, me gustaría conversar contigo. Es mucho más enriquecedor si compartimos la palabra y dialogamos. Aunque leer parezca una actividad solitaria, no lo es. Leer es participar en una tarea común en la que, desde el respeto y la libertad, se tienden puentes que unen. Leer es intercambiar ideas y pensamientos, una forma de ser abierta a la curiosidad, al hallazgo, a la sorpresa o a la emoción. Leer es asimismo percatarse, no sin asombro, de que muchas veces son los libros los que nos leen, y no al revés. Leer es, esencialmente, vivir.

La palabra nos muestra que podemos recorrer un mismo camino juntos, aunque veamos el paisaje de manera diferente. Por eso, cuidemos las palabras. Si lo hacemos, ellas cuidarán también de nosotros.

PREÁMBULO

Por encima de todo, somos humanos. Este es un principio esencial del que no podemos prescindir, una característica intrínseca de nuestro propio ser, consustancial no solo con nuestra constitución orgánica sino también con nuestro carácter, pensamientos y modos de actuar. *Ser humanos*, además, supone establecer una relación de equilibrio y armonía con nuestro entorno y con nuestros semejantes, poner en práctica valores como el respeto, la comprensión, la tolerancia, la solidaridad, la gratitud, la bondad, el perdón, el amor, etcétera. Estas cualidades hacen mejores a las personas y también a la sociedad, de ahí la enorme importancia que poseen. Sin embargo, todos somos conscientes de que no habitamos en un mundo que aplique regularmente esos valores.

Hemos avanzado de forma prodigiosa en el campo de la ciencia y de la tecnología, hemos alcanzando un desarrollo que vinculamos a la «sociedad del bienestar». No obstante, los individuos estamos convirtiéndonos en elementos de un

Vivir el humanismo hoy

engranaje productivo que alimenta un «progreso» mal entendido. La realidad habla por sí sola: mayores desigualdades entre ricos y pobres, una economía globalizadora que atiende solo a las necesidades de los países que poseen mayores recursos, agresiones continuas al medio ambiente, etcétera.

Además, podemos constatar la pérdida del diálogo como herramienta de comunicación, la falta de capacidad para expresar los estados de ánimo, las emociones o los sentimientos. Hay cada vez un mayor aislamiento, una sensación de disgregación respecto al cuerpo social al que pertenecemos. Esto conlleva el empobrecimiento de nuestra vida afectiva, despersonalizándonos y alejándonos de la riqueza de nuestro interior. Entre tener dinero o tener tiempo, hemos optado lamentablemente por lo primero. Nos hemos vuelto más insatisfechos, interesados y egoístas, pensando que la acumulación de bienes materiales va a darnos la felicidad. Por el contrario, es más fácil que la encontremos en pequeños detalles: una mano amiga, una cálida mirada, un gesto acogedor, una apacible melodía o una sonrisa cómplice. Solo lo verdaderamente humano puede enriquecernos.

El *humanismo* es una de las claves imprescindibles para ordenar este mundo destartalado en el que nos encontramos. No me refiero al humanismo secular en boga durante los últimos treinta años, aunque comparto muchos de sus principios. Si bien parte de postulados renovadores que intentan mejorar el entorno en el que vivimos, no me atraen ciertos contenidos de esta corriente de pensamiento que, ya en sus orígenes, en el *Manifiesto humanista* de 1933, se apoyaban en exceso en el método científico y racional. Tampoco me referiré a la tradición de la psicoterapia humanista y existencial,

Preámbulo

que ya cuenta con una abundante reflexión por escrito. Quiero hablar, en cambio, de un humanismo más íntimo y próximo a la esencia del ser humano, que hace hincapié en sus emociones y sentimientos, en sus inquietudes y anhelos: un humanismo más espiritual que echa las raíces en la propia vida y que se esfuerza por encontrar los auténticos valores humanos que dan sentido a la existencia.

Hay una historia del humanismo —de la que trataré en la Introducción— que comienza en la época clásica griega y latina pero que perderá consistencia luego, durante buena parte de la Edad Media. Por fortuna, este humanismo va a volver de nuevo a la luz en Italia a lo largo de los siglos XIV, XV y XVI, en el periodo histórico conocido como Renacimiento. La clave de este humanismo fue hacer patente que el individuo estaba integrado en el mundo y en el universo. Lo que contaba en el ser humano era su capacidad autónoma para actuar, para vivir en comunidad y para establecer relaciones armoniosas con las personas y con la naturaleza. Dos eran los pilares fundamentales: la cultura y el saber. Para los humanistas italianos, ser mejores y, por lo tanto, ser también capaces de crear una sociedad mejor, constituían los auténticos cimientos del progreso.

En la actualidad deberíamos regresar a estos principios del humanismo renacentista, renovados y reinterpretados, por supuesto, a través del pensamiento y de la cultura de nuestro tiempo. Aún no es tarde para abandonar la senda por la que andamos extraviados y encontrar el norte que nos guíe. ¿Una utopía? Tal vez, lo reconozco, pero si echamos un vistazo a la historia de la humanidad descubriremos que sin ilusiones, sin grandes sueños ni confianza en nosotros mismos,

Vivir el humanismo hoy

no habríamos alcanzado muchos de los logros evidentes de hoy en día, tanto en el ámbito de la ciencia como en el del arte o en el de la justicia social. El desafío vale la pena, porque el sentido de la vida va estrechamente ligado a este empeño.

Por último, querría aclarar que los capítulos de este libro tienen voz y personalidad propias, por así decirlo, una autonomía que no les hace depender por fuerza de los que les preceden ni de los que les siguen. Ello permite que si tú, lector o lectora, lo prefieres, puedas leerlos de forma correlativa, porque te resulta más cómodo, o bien empezar por el que desees, según lo que cada título te sugiera. Me daré por satisfecho si cualquiera de ellos despierta tu interés.

INTRODUCCIÓN

El humanismo fue un movimiento de renovación intelectual que tuvo lugar en Italia entre los siglos XIV y XVI, que se extendió desde esta última centuria por todo el continente europeo y que influyó en los más diversos ámbitos del saber. Esta nueva filosofía de vida supuso un hito importantísimo no solo en la historia de la cultura, sino también en la evolución del pensamiento moderno. El humanismo, además, dio origen a una nueva forma de conocimiento, a un nuevo estilo de vida, a un cambio de mentalidad en la interpretación del mundo y en el modo de aplicar ese saber a la práctica diaria. Se trataba de una cultura completa ligada al ser humano, al que se consideraba capaz de perfeccionarse y de desempeñar un papel activo en la sociedad. Para ello, se ponía especial énfasis en su formación y en el desarrollo de todas sus facultades, buscando el equilibrio entre el cuerpo y la mente. Más importante que las cualidades innatas del individuo era su esfuerzo en cada obra o actividad que emprendiera.

Vivir el humanismo hoy

En esta época entra en su ocaso el teocentrismo —la vieja idea medieval que ponía a Dios en el centro del universo—, dando paso al antropocentrismo, que otorga al hombre el derecho a ocupar ese lugar. Este nuevo concepto fue capital para la aparición de las extraordinarias singularidades que encontramos en estos tres siglos: figuras que atesoraban conocimientos en las más diversas disciplinas y que se convirtieron en poseedoras de una sabiduría universal, como por ejemplo Leonardo da Vinci (1452-1519). En tal contexto, se le atribuía un gran valor a la educación. Hay que precisar que, en un principio, dada la estructura social de la época, a ella tenían acceso únicamente las familias de las clases altas, que podían pagar a sus propios preceptores. Más tarde, a medida que las ideas humanistas fueron propagándose y llegaron a los programas de estudio de las escuelas privadas o de las universidades, jóvenes de la clase media, como por ejemplo los hijos de comerciantes, pudieron incorporarse también a estos saberes.

En cualquier caso, la aspiración pedagógica del humanismo se encaminaba a preparar a las personas con el objetivo de que adquirieran no solo unos determinados conocimientos, sino también de que aprendieran a vivir, a ser ciudadanos del mundo que participasen activamente en él. Por este motivo, era relevante que esta educación llegara al mayor número posible de ciudadanos. De esta forma, la *humanitas*, esa peculiar filosofía de vida del humanismo, contribuyó a que el individuo dirigiera su propósito de vida hacia un yo íntimo más cercano y auténtico.

Conviene destacar que también se pensaba en la mujer para que se integrase en esta educación, hecho que no había

Introducción

ocurrido hasta entonces. En este ámbito se la respetaba, se la valoraba y se la equiparaba al hombre, lo que no dejaba de ser un logro importantísimo como señal de un importante cambio de mentalidad. Dado que en el nuevo concepto de cultura se consideraba que el estudio era el mayor tesoro para el ser humano, no se quería que la mujer quedase excluida. Algunos ejemplos destacados entre estas mujeres humanistas, solo por citar unos pocos nombres, fueron Sibilla De' Cetto (hacia 1350-1421), de gran cultura y familiarizada con los autores clásicos; Cassandra Fedele (1465-1558), muy instruida, poseedora de un extraordinario saber; Laura Cereta (1469-1499), escritora, o Isabella d'Este (1475-1539), que recibió una esmerada educación y fue conocida posteriormente como la *prima donna* del Renacimiento.

Este ambicioso proyecto tenía su centro en los *studia humanitatis* («estudios de humanidad»), una herramienta efectiva que los humanistas pusieron a disposición de la gente, en especial de los jóvenes, para que se formaran y pudieran ser mejores ciudadanos. El reto no era pequeño: en su futuro se hallaba también el destino de la sociedad. No se consideraba imprescindible que fueran maestros en el dominio de unas determinadas técnicas, sino en el ejercicio diario de sus actitudes y en sus hábitos ejemplares. Justamente en la construcción de una personalidad libre en los jóvenes, la educación supera a la instrucción.

En tal escenario, el *verbum*, la 'palabra', tanto oral como escrita, adquiriría una nueva dimensión práctica, ya que en ningún caso se la veía como un ornamento. Al contrario, era la forma que permitía al individuo relacionarse con sus semejantes y participar en la vida cotidiana, un espacio en donde

Vivir el humanismo hoy

estaba llamado a desarrollar todas sus capacidades. En definitiva, la educación era un baluarte primordial que hacía mejores a quienes la recibían, y, por extensión, a la sociedad. En una palabra, era vida.

Asimismo, se reconocía en el ser humano algo muypreciado: la *dignitas*, la ‘dignidad’. Se ponía el acento en sus excelencias, en sus cualidades y en el valor de su esfuerzo, a diferencia de la Edad Media, que destacaba únicamente el carácter de su miseria como hombre y le recordaba su paso fugaz por esta vida terrenal, siempre acompañado por la presencia constante de la muerte. Amparado en esta dignidad, el ciudadano aspiraba a formarse en los valores cívicos, que eran la puerta de acceso para vivir con los demás en respeto, en consideración y en libertad. Esta última, en concreto, tenía reservada un espacio relevante. Coluccio Salutati (1332-1406), canciller de la República de Florencia, hombre dedicado a la política, pero entusiasta defensor del saber, abanderó la idea de que en las ciudades libres el auténtico soberano era el pueblo. Para él, si había una necesidad que atender por encima de todas era esta: la defensa de la libertad popular.

En consonancia con este propósito de cultura y de formación, los humanistas, con Petrarca (1304-1374) a la cabeza, buscaron en los autores de la Antigüedad clásica, tanto griegos como latinos —Platón (hacia 427-347 a.C.), Aristóteles (384-322 a.C.), Cicerón (106-43 a.C.), Virgilio (70-19 a.C.) o Séneca (4 a.C.-65), entre otros—, los modelos que les sirvieran para llevar a cabo este nuevo proyecto. Admiraban a los clásicos porque en sus escritos descubrieron un modelo de comportamiento cívico ejemplar y porque encontraron en

Introducción

ellos ideas que se avenían a la perfección con los postulados de la doctrina cristiana. En su espíritu y en su voluntad existía el convencimiento de que no había que separar, ni mucho menos rechazar o condenar, sino unir e integrar. No es de extrañar, pues, que en este ambiente de fervor hacia el saber que venía de los antiguos surgiera una enorme pasión por las *litterae*, esto es, las ‘letras’.

Proveniente también del mundo clásico, a los humanistas les llegó la exaltación de la belleza como emanación de la naturaleza, que era la maestra y quien mejor la manifestaba. Ellos fueron los primeros hombres modernos que percibieron el paisaje como un objeto bello en el que mirarse y hallar goce en su contemplación. Por ello, hicieron de la naturaleza una compañera de toda su labor intelectual. La belleza irrumpió en todos los ámbitos, ya fuera en el del cuidado de la propia persona o en el de la moda, pero sobre todo en el del arte, bien se tratase de la arquitectura, la escultura, la pintura, la música o la literatura. En todas estas disciplinas se mezclaban, en perfecta simbiosis, los motivos cristianos y paganos. La esencia del ser humano se veía reflejada también en esa belleza que tendía al equilibrio de las formas y a la armonía de los conceptos.

No menos significativo fue el entusiasmo que los libros despertaron entre los humanistas. No faltan curiosas anécdotas que nos hablan de ello. Niccolò Niccoli (1364-1437), por ejemplo, personaje doctísimo ligado al círculo de amistades de Cosimo de’ Medici (1389-1464) —conocido como «el Viejo» y gran mecenas de las artes y las ciencias—, gastó toda su fortuna en la compra de libros. Cuando ya había agotado casi todos sus recursos económicos, su asinerado protector

Vivir el humanismo hoy

florentino le ofreció generosamente sus cuentas para que no le faltara nada y dispusiera de ellas a su conveniencia.

Por otro lado, se buscó una religión cercana a la vida cotidiana, que respondiera a los anhelos de las personas y que permitiera una relación más íntima con Dios, que se alejase de los dogmas, de las supersticiones, de las ceremonias externas vacías de contenido, de la pompa, de la ostentación y, sobre todo, de la corrupción que había en el seno de la Iglesia, una institución más preocupada por sus propios intereses y por acrecentar su poder en la Tierra que por atender a las necesidades de sus creyentes. Los humanistas volvieron los ojos a los Evangelios y, en particular, a la figura de Jesús de Nazaret, tomando como guía su mensaje y los valores que enseñó. Quiero destacar algo a mi entender de suma relevancia: en las raíces del humanismo anidaba la voluntad de reunir en una sola religión a todas las personas. Al fin y al cabo, el Dios creador del hombre y del universo era el mismo para todos, fueran judíos, cristianos o musulmanes.

El humanismo puso las bases para llevar la renovación cultural y social a la sociedad civil, a la interpretación de los saberes, a la filosofía de vida, a la cosmovisión, a la religión, a la naturaleza, a la confianza en el hombre y en sus posibilidades. Sin embargo, los humanistas, en muchas ocasiones, tuvieron que remar a contracorriente y a veces arriesgar su vida por culpa de la intransigencia religiosa de la Inquisición, como fueron los casos de Giovanni Pico della Mirandola (1463-1494) y de Galileo Galilei (1564-1642). Otros, llegaron a perder la vida en la hoguera, que fue lo que le ocurrió a Giordano Bruno (1548-1600). No obstante, todos ellos no escatimaron esfuerzos ni afanes para defender sus ideas,

Introducción

difundirlas y ponerlas en práctica. Por fortuna, este encomiable empeño no resultó en vano: la semilla que sembraron fue germinando con el tiempo y acabó dando hermosos frutos. Podemos incluso afirmar que aquí empezó a desarrollarse la concepción del ser humano moderno.

Todo este proyecto intelectual tan ambicioso no pudo ejecutarse de la noche a la mañana, porque cualquier cambio de mentalidad que conlleve una transformación social importante requiere tiempo. Es posible que la vuelta llena de veneración a los clásicos griegos y latinos, el anhelo de una nueva edad dorada, la búsqueda de un presente mejor, la reivindicación de la auténtica esencia del ser humano, los deseos de libertad o el ansia de renovación espiritual adquirieran la forma de un sueño, pero no deja de ser verdad que, si fue así, valió la pena vivirlo. Pocas veces, a lo largo de la historia del pensamiento humano, se han dado cita tantas voluntades en una aspiración común que tendiera a renovar la sociedad y a despertar las conciencias de las personas. Los humanistas fueron innovadores, emprendedores y, muy en particular, cultivadores de un espíritu crítico ejemplar al que sometieron todas las teorías, en especial las procedentes de cualquier tipo de autoridad, no importaba quién fuera esta.

Sin embargo, finalizado este periodo, vinieron tiempos difíciles y fuertes tormentas que arrojaron sobre las playas del olvido, como restos de un naufragio, buena parte de los logros conseguidos por los humanistas. Por un lado, el oscurantismo y la intransigencia religiosa salieron de nuevo a escena, provocando que la sinrazón y el pesimismo hicieran mella en el pensamiento y en el corazón de la gente. Por otro, los recursos que aquella magna empresa cultural había puesto

Vivir el humanismo hoy

en marcha fueron poco a poco agotándose, dejando sitio a otros planteamientos, a otras ideas y maneras de interpretar la realidad.

En cualquier caso, no son pocos los frutos hermosos que de este movimiento hemos recogido en nuestros días, y haríamos bien en conservarlos si queremos dotar de mayor valor y significado al mundo en el que vivimos. No me cabe la menor duda de que buena parte del progreso de nuestro tiempo, ya sea científico, técnico, artístico o religioso, pero sobre todo humano, se lo debemos a todos aquellos hombres y mujeres que dieron sentido a un proyecto cultural tan novedoso, admirable, enriquecedor y lleno de vida.

I

HACIA UN NUEVO HUMANISMO

Si de verdad creemos que la gran mayoría de personas son dignas del adjetivo *humano*, cambia absolutamente todo, podemos empezar a vivir otra vida.

RUTGER BREGMAN, *Dignos de ser humanos*

Una nueva mirada

El ser humano tiene la llave del sentido de su vida y de su felicidad. No hay otro responsable: ni el mundo, ni los demás, ni la suerte o los avatares cotidianos; tampoco le llegará del cielo. Los viejos dioses carecen del poder de antaño y las pasadas creencias que nos hicieron mirar siempre fuera de nosotros están quedando obsoletas. Para un buen número de personas ya no tienen cabida en la nueva realidad de hoy, en una sociedad que está sacudiéndose de encima el yugo de los viejos mitos y de rígidos postulados religiosos. Abiertas a una nueva conciencia, buscan hoy en su interior las claves para